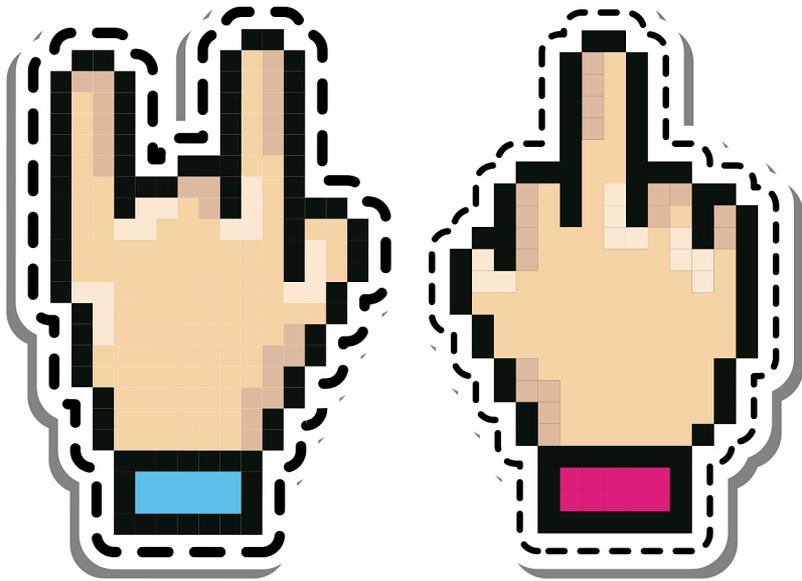


BERTA RIVERA

MALEDUCADOS

¿ESTAMOS FALLANDO A NUESTROS
HIJOS COMO RESPONSABLES
DE SU EDUCACIÓN?



Convierte la educación en tu mejor aliada frente a la incertidumbre.
Maleducados te mostrará cómo prepararnos para los retos del siglo XXI

SEKOTIA

Maleducados

*¿Estamos fallando a nuestros hijos
como responsables de su educación?*

BERTA RIVERA

MALEDUCADOS

*¿Estamos fallando a nuestros hijos
como responsables de su educación?*

SEKOTIA

© BERTA RIVERA, 2023

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2023

Primera edición: septiembre de 2023

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Almuzara • Colección Reflejos de Actualidad

Editor: Humberto Pérez-Tomé Román

Maquetación: Miguel Andréu

www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-18414-73-2

Depósito: CO-1401-2023

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice

MAL_EDUCADOS.....	9
Qué entendemos por mala educación.....	9
La infelicidad programada a través de la mala educación.....	14
El círculo vicioso de la mala educación.....	18
CÓMO ES EL MUNDO EN EL QUE EDUCAMOS	
Y CÓMO SERÁ EL MUNDO PARA EL QUE EDUCAMOS.....	23
El mundo y la educación tras la Revolución Tecnológica:	
nuevos paradigmas para un tiempo nuevo.....	24
Qué y cómo son los nuevos paradigmas y cuáles los viejos valores....	27
Colectivismo: el poder de los colectivos sobre el individuo.....	30
Victimismo: el sentimiento de víctima como coartada.....	31
Antagonismo y confrontación	
frente a respeto y convivencia.....	33
Igualitarismo frente a igualdad.....	36
Voluntarismo: la voluntad de las minorías	
frente a los derechos de la mayoría.....	39
Empoderamiento irracional de la infancia.....	42
Feminismo de nueva ola frente a feminismo clásico.....	45
El nacionalismo histórico como nuevo paradigma.....	48
El ecologismo como nuevo paradigma.....	51
La tecnología como ente facilitador del desarrollo	
de nuevos paradigmas.....	56
La importancia de la educación en la implantación	
de nuevos paradigmas.....	59
CÓMO ES LA EDUCACIÓN HOY Y CÓMO DEBERÍA SER.....	63
La mala educación como	
proyecto sociopolítico del siglo XXI ¿es posible?.....	66
Factores que pervierten la calidad de la educación	
y del sistema educativo.....	69
Visión excesivamente pragmática de la educación obligatoria.....	70
El deporte como coartada.....	74

La falsa cultura.....	77
El desprecio de la lectura.....	81
Las falsas urgencias, los falsos profetas y el apocalipsis diario.....	87
El atrevimiento de la ignorancia y otros alardes de mediocridad.....	90
Victimismo y mala educación	94
Factores que convierten al sistema educativo en actor clave de la mala educación	98
Penalización del talento.....	103
Penalización del esfuerzo	106
Reducción del trabajo individual	110
El falso bilingüismo y la falsa importancia del bilingüismo	112
Abandono de las Humanidades	115
De la ideologización de los currículos a los escraches universitarios.....	117
PADRES Y TUTORES COMO FACTORES CLAVE DE LA EDUCACIÓN: LA MERITOCRACIA SON LOS PADRES	125
CONCLUSIÓN: LA BUENA EDUCACIÓN ES EL ÚNICO CAMINO DE PROGRESO.....	133
Y alguna advertencia.....	138
EPÍLOGO: LECTURAS RECOMENDADAS.....	141
BIBLIOGRAFÍA Y OTRAS REFERENCIAS LIGERAMENTE EXPLICADAS	147

MAL_EDUCADOS

Qué entendemos por mala educación

La educación no suele ser tema de debate, tal vez porque nos conformamos con estar todos de acuerdo en lo esencial: *la educación es muy importante*.

Lo curioso es que, precisamente por eso, porque es muy importante, debería ser siempre tema de debate y no solamente cuando el gobierno de turno, aprovechando su estancia en el poder y nuestro profundo desinterés acerca de lo que es y debe ser la educación, aprueba una nueva ley educativa; porque además entonces el debate se limita al sistema educativo como si la educación fuera sólo cosa de la escuela; cabe añadir a esto que, a poco observadores que seamos, pocos periódicos que hojееmos y pocos telediarios que veamos, no dejamos de percibir cierto hedor, ciertas notas rancias en el ambiente que delatan problemas relativos a la educación; a veces somos capaces de señalar comportamientos claramente maleducados, en otras ocasiones se diluyen a golpe de explicaciones y justificaciones, pero sentimos el ambiente viciado que dejan. Es entonces cuando empezamos a ser conscientes, o no, de lo que significa y supone ser maleducados; por cierto... ¿lo somos?

Si respondemos a esta pregunta antes de llegar a un acuerdo acerca de lo que es un maleducado, probablemente nos perdamos en un debate vacío de sentido y contenido, porque no se pueden exponer las razones que explican un hecho sin entender primero el hecho en sí, de ahí que la pregunta primera no deba ser si somos o no maleducados sino qué significa «maleducado» y para responderla conviene afinar bien, por eso recurrimos al diccionario de la Real Academia Española de la Lengua:

maleducado, da

Del part. de maleducar.

1. *adj. Dicho de un niño: Muy mimado y consentido. U. t. c. s.*

2. *adj. Descortés, irrespetuoso, incivil. U. t. c. s.*

Un maleducado es, por tanto, ***un niño muy mimado y consentido (acostumbrado a salirse siempre con la suya) que acaba por convertirse en un adulto descortés, irrespetuoso e incivil (empeñado en salirse siempre con la suya).*** Esta definición resulta perfecta porque no sólo explica qué es un maleducado, sino que indica ya el camino por el que se llega a esa condición: el de la mala educación. Pero ahondemos un poco más en el ser maleducado antes de hablar de la mala educación.

Resulta fácil pensar en comportamientos propios de un maleducado según esta definición, tanto en el caso de los niños como en el de los adultos que llegarán a ser: el pequeño que arma un escándalo porque no le compran una chuche; un adolescente que insulta a sus padres porque no le permiten ir a una fiesta; el joven que disfruta de un botellón bajo la ventana de sus vecinos a altas horas de la madrugada y deja la calle hecha unos zorros sin pensar si molesta o no a alguien; los que se comen el por favor y el gracias un día sí y otro también o los que saludan al cuello de su camisa; los que jamás ceden el asiento en el metro... Todos estos ejemplos responden a la

definición de maleducado que nos da la RAE, son comportamientos de niños consentidos acostumbrados a salirse siempre con la suya y de adultos irrespetuosos empeñados en el mismo fin, salirse siempre con la suya.

Ahora bien, lo realmente importante no son tanto los comportamientos maleducados en sí como el hecho cierto de que quien los perpetra lo hace inconsciente de estar siendo un perfecto maleducado o justificando su comportamiento en aras de un supuesto bien mayor, cuando no chapoteando a placer en su particular charca de mala educación; vemos la importancia que tiene justificar los comportamientos maleducados en la que medida en que somos conscientes de cuáles son las consecuencias reales, más allá de la calle llena de plásticos tras el botellón, que tienen esos comportamientos para toda la sociedad, tanto para la que los perpetra como para la que los sufre. Sobre este asunto, el de las consecuencias de la mala educación, nos explicó el filósofo Antonio Escohotado lo esencial, lo hizo en una entrevista de televisión concedida al escritor Fernando Sánchez Dragó:

Un país no es rico porque tenga diamantes o petróleo, un país es rico porque tiene educación. Educación significa que, aunque puedas robar, no robas; educación significa que tú vas pasando por la calle, la acera es estrecha, tú te bajas y dices disculpe; educación es que, aunque vas a pagar la factura de una tienda o un restaurante dices gracias cuando te la dan, das propina y cuando te devuelven lo último que te devuelvan vuelves a decir gracias. Cuando un pueblo tiene eso, cuando un pueblo tiene educación, un pueblo es rico, o sea en definitiva la riqueza es conocimiento y sobre todo un conocimiento que le permite el respeto ilimitado por lo demás. Si tú te metes en gran parte del mundo en un vagón de metro, en un autobús apretado es muy raro que cada uno de los que te vaya apretando vaya diciendo, como sucedería en Suiza o hoy en día en

España, perdone, disculpe, perdone; donde no se produce eso, el pueblo es pobre.

Visto así, entendiendo la riqueza como educación y la educación como un respeto ilimitado por los demás, resulta imposible negar lo evidente: sí, somos cada vez más maleducados y, por tanto, más pobres. No solamente se ven cada vez más comportamientos propios de maleducados, sino que, además, alardeamos de ellos e incluso los defendemos, es decir, no los reconocemos como comportamientos negativos: hay quien justifica negar el clásico «gracias» al administrativo, funcionario o teleoperador de turno que nos soluciona una gestión si entendemos que se ha limitado a hacer su trabajo; para que le demos las gracias al parecer tiene que haber excedido nuestras expectativas. También es reseñable la soberbia con la que se niega la palabra a un ponente en una universidad, a veces incluso mediante escrache, si no defiende las teorías que se consideran correctas o el modo en el que se descalifica a quien osa opinar de un modo diferente al nuestro. Definitivamente, somos cada vez más maleducados porque acometemos cada vez más comportamientos irrespetuosos e inciviles y también porque con cada escrache, con cada cancelación, demostramos que no soportamos escuchar un pensamiento contrario al nuestro. ¿Por qué razón? Sin duda, por mala educación, no en vano decía Aristóteles que solo una mente educada puede entender un pensamiento diferente al suyo sin aceptarlo.

Detectado el problema, y antes de plantearnos qué podemos hacer para solucionarlo, debemos entender cómo hemos llegado a este nivel de mala educación, porque las razones van mucho más allá, y a la vez se quedan mucho más acá, de una ley educativa mala o peor que la anterior.

* * *

Los niños crecen en una burbuja, envueltos en una atmósfera protectora que los hace vivir ajenos a la realidad de la vida. En sus primeros años esa burbuja es una necesidad vital por la absoluta incapacidad del ser humano para valerse por sí mismo al nacer, la cuestión es que hemos ido alargando en el tiempo el uso y disfrute de ese halo protector hasta tal punto que nos resulta imposible decir hoy en qué momento los jóvenes rompen ese cascarón y se enfrentan al mundo real de verdad, es más ¿lo hacen en algún momento? ¿O únicamente cambian la atmósfera protectora creada por sus padres por otra inducida artificialmente una vez la primera se vicia de forma natural?

Se lo damos todo, entendiendo «todo» como todo lo que podemos. No se trata ya de que cumplamos todos sus deseos y caprichos, que lo hacemos, sino que nos anticipamos a ellos: ¿cuántos niños no saben qué pedir a los Reyes Magos? Los Reyes son tan Magos que dejan a los pequeños sin ansia alguna a la hora de abrir los regalos. Con esa satisfacción absoluta proveída por los padres, que no es más que el germen de una insatisfacción futura, llegan a la adolescencia y a la juventud y lo hacen con la certeza de ser acreedores de todo aquello que deseen. ¿Por qué? Porque así ha sido siempre y no hay razón lógica que explique de forma aceptable que ahora deba ser de otro modo, eso sin contar con que ahí están prestos los oportunistas para regalar los oídos de los insatisfechos confirmándoles a cuánto tienen derecho y callando las obligaciones que también les competen.

Claro que la realidad es testaruda y persistente y antes o después llega un momento en el que toca enfrentarse a un «no» sin matiz alguno o sucede, sencillamente, algo que no nos gusta y ahí descubrimos la absoluta intolerancia frente a lo que no se desea, no digamos ya frente al fracaso, y no es un tema de inmadurez sino de incapacidad; no son capaces de soportar y manejar la frustración porque nunca han tenido que hacerlo y porque además habrá entonces quien les diga que no tienen

que hacerlo, que suyo es el reino de los cielos y suyos son los derechos universales, justificando esa frustración primera y convirtiéndola en pura rabia, una rabia que los lleva a vivir en la falta de respeto constante al otro porque, dado que ellos no son nunca responsables de su realidad, tendrá que serlo el otro y, por tanto, ese otro no merece el más mínimo respeto. Ahí está ya la pobreza propia de la mala educación luciendo en neón de colores. Ahora bien, ¿es feliz el pobre insatisfecho que exige que se cumplan sus deseos presentándolos como derechos inalienables? No, no lo es, es un amargado de manual. De ahí que sea imperativo considerar que la mala educación pavimenta el camino más corto hacia la infelicidad, una infelicidad por lo demás programada desde la infancia.

La infelicidad programada a través de la mala educación

Cabe empezar, pues, por hacer un ejercicio de autocrítica: la mala educación no es la que demuestran los niños, los adolescentes ni, si me apuran, los jóvenes, la mala educación es la que reciben, es decir, la que da como resultado la antítesis de los comportamientos respetuosos a los que se refería Antonio Escohotado; y esa mala educación, mal que nos pese, empieza en casa porque es ahí donde nace y se hace el niño mimado y consentido. Es verdad que eso es lo que se espera que hagamos los padres, mimar a nuestros hijos, cuidarlos, educarlos, darles lo mejor de nosotros mismos y de lo que tenemos, luego parecería que no hay ahí problema alguno; no lo vemos hasta que ahondamos un poco en ese empeño nuestro por dárselo todo a nuestros hijos y descubrimos su origen: no es genético, congénito ni cosa semejante, tampoco es del todo natural sino más bien heredado. Fue la generación de los niños de la posguerra la que crio a sus hijos empeñándose en dárselo todo, lo cual no era mucho y era, a la vez, lo único importante. Aquel todo no era

material, era esencial, era educación, estudios. Hoy seguimos empeñados en dárselo todo a nuestros hijos y lo hacemos sin darnos cuenta de que ese todo es para nosotros más material que esencial porque incluye muchas cosas y experiencias y una educación cada vez más pobre en la medida en que la vamos vaciando de contenido, y así las cosas seguimos empeñándonos en dárselo todo sin cuestionarnos si debemos. ¿Por qué? Porque podemos. Y también porque así acallamos nuestros demonios internos, esos que nos dicen que les estamos fallando: ¿si se lo damos todo cómo vamos a estar fallando? Fallamos, también, al no alcanzar a entender el profundo daño que les estamos haciendo al asistir impasibles al brutal vaciado de contenido del que está siendo objeto la educación.

Lo grave de todo esto no es que un padre o una madre en un rincón cualquiera de cualquier pueblo o ciudad sobreproteja a sus hijos, se lo dé todo, los malcríe, lo malo es que lo hacemos como sociedad e incluso en la escuela, ¿cómo entender sino eso de que en las competiciones escolares todos los niños ganen medalla y trofeo? Todos ganan, todos son campeones, es decir, no hay mérito ni competencia, no hay motivación para mejorar ni talento que valorar, no hay nada más que una masa de niños con una medalla sin valor alguno colgada al cuello. Ya entonces, en esa etapa temprana de la educación, retorremos el concepto de los derechos de la infancia, lo desvirtuamos de tal modo que ganar una competición escolar se convierte en un derecho de los niños; alejamos así la realidad de la vida de la realidad infantil de un modo que va más allá de la protección propia de la infancia, construimos un mundo feliz que es pura utopía.

Esa burbuja de falso triunfo y felicidad artificial pavimenta el camino a la infelicidad, no tanto por el hecho cierto de que antes o después descubrirán que la vida no es como la educación infantil y primaria y que los éxitos no llegan por el mero hecho de hacer acto de presencia, sino porque es a esas edades

tempranas cuando comienza a forjarse el carácter y ¿qué carácter se va a forjar en niños a los que no se les exige esfuerzo al premiar del mismo modo tanto a los que esfuerzan como a los que no lo hacen? ¿Qué carácter se va a forjar en niños que ven que el esfuerzo importa tanto como el talento, es decir, poco o nada, para conseguir sus objetivos? Si lo pensamos bien, vemos que es ahí cuando empezamos a maleducar porque valorarlos a todos por igual es no respetar a ninguno y despreciar a los que más se esfuerzan y a los que demuestran más talento que son, por otra parte, los llamados a liderar la sociedad en el futuro, además sentamos las bases de un razonamiento peligroso: da igual lo que hagan, el destino está escrito o, al menos, está en manos de otros: llegarán a la meta y les colgarán una medalla. A todos. Hagan lo que hagan. ¿Cómo puede ser feliz alguien que considera que su situación en cualquier momento de su vida era inevitable y es inamovible? Hemos sacado a Dios de la ecuación educativa, pero hemos dejado de él su peor impronta, la del Dios omnipotente que tiene en sus manos la vida de los hombres, borrando el libre albedrío en aras de una falsa igualdad que no aporta felicidad a nadie y sí carros de frustración. Ese nuevo Dios es, por supuesto, el propio sistema y las dinámicas igualitarias que impone.

Ahora bien, cuando sucede algo en la vida de un niño que sobrepasa toda posibilidad de protección por parte de sus padres y profesores, todas las debilidades y carencias de este sistema son cruelmente reveladas: no hay forma humana de que un niño al que se le diagnostica inesperadamente una patología crónica o una enfermedad grave o un niño que sufre cualquier tipo de trauma por la pérdida de un ser querido o por la razón que fuera, se vea y se sienta igual a sus compañeros salvo que se le enseñe a engañarse a sí mismo. En ese momento los padres se enfrentan a algo nuevo: no pueden proteger a su hijo, tienen que ayudarlo a asimilar lo que le está sucediendo, pero no pueden evitarle el daño, el dolor, el mal trago. Lo que

los padres se encuentran entonces es un manto de normalidad e igualdad que, en cierto modo, tiene algo de lógica en cuanto a que los niños deben recuperar su normalidad cuanto antes tras una tragedia. Ahora bien, ese tránsito, el que va de ser un niño sano y feliz a ser un niño enfermo o triste y, sobre todo, un niño ya consciente de que la realidad de la vida dista mucho de ser como su realidad infantil, no es fácil ni indoloro y no se transita por él sin coste ni esfuerzo. En ese momento ves lo absurdo de la igualdad inventada y de los premios para todos; en ese momento ves como el niño necesita herramientas para gestionar el disgusto, el dolor, la tristeza, la pena, la rabia, la frustración, el miedo... y lo único que recibe son consignas de normalidad e igualdad que hacen que se sienta además incomprendido, porque nada es igual ni es normal, entendiendo lo normal como lo habitual, después de una tragedia.

Es verdad que si en la infancia del niño no se da una circunstancia de este tipo, es decir, de las que los padres no pueden ocultar bajo la alfombra del salón, las debilidades del sistema permanecen ocultas porque el niño no necesita gestionar más que su propia felicidad, una felicidad basada en que sus padres (y profesores) se lo dan todo. El problema llega cuando los padres no pueden dárselo todo o cuando crecen y descubren que la vida no va a darles nada que no se ganen ellos previamente y aun entonces hay quien no se da cuenta del grave error cometido, del terrible problema que supone no haber desarrollado el talento del niño, no haberle enseñado a gestionar la frustración, a esforzarse por conseguir lo que desea. Es en ese momento cuando se completa el círculo vicioso de la mala educación porque cuando se llega a la edad adulta con ese grado de mala educación es más fácil seguir ahondando en él que reconocer las carencias propias y ponerles solución.

El círculo vicioso de la mala educación

El problema de la mala educación es que se convierte en un ciclo en constante repetición cuyas dinámicas no son fáciles de romper. Los bebés viven a demanda y nosotros a su demanda, es así y así tiene que ser. Un bebé debe comer cuando tiene hambre, debe ser arropado y arrullado cuando su llanto destila susto o miedo y debe ser mimado, porque los bebés no solo no conocen el mundo que los rodea, sino que son físicamente incapaces de satisfacer sus necesidades básicas.

A continuación, los bebés van creciendo y las dinámicas «a demanda» van quedando atrás... o no. Es verdad que el adverbio «no» forma parte de la ecuación, pero decir que no a cosas que supondrían un riesgo para la vida del niño, como no comer o asomarse a la ventana de un quinto piso, no es negarle nada, es pura supervivencia, es tu instinto de supervivencia salvando su vida. *¿Y por qué no?* Te dices una y mil veces, *¿por qué negarle esto o aquello si a él se le ve feliz y a mí su sonrisa me alimenta el alma?* Y así siguen las dinámicas de concesión constante y de felicidad perenne; así hasta que las cosas se complican, pero para entonces el niño ya tiene siete u ocho años y con tal de que no la monte... Y luego la adolescencia ¿cómo hacerle entender a un adolescente un «no» cuando jamás ha tenido que gestionar una negativa a un deseo en el que haya insistido lo suficiente? Para entonces ya estamos recorriendo a velocidad de crucero el círculo vicioso de la mala educación.

Permíteme un consejo (que por supuesto eres muy libre de seguir... o no). Rómpelo: rómpelo, aunque duela, porque la alternativa es peor.

Si el adolescente no ha lidiado con noes verdaderos ni con situaciones que fueran contrarias a sus deseos antes de romper la burbuja protectora bajo la que ha crecido, estará indefenso ante el mundo, incapaz de manejar las dificultades, la frustración, la incertidumbre... solo sabrá, como los niños pequeños,

exigir lo que quiere, exigirlo más alto, gritando más y hasta pateando pero no sabrá buscar el modo de conseguirlo sin que le sea concedido, no sabrá gestionar la negativa ni asumir que no siempre se consigue lo que se desea ¿Y qué ocurrirá entonces? Hay quien cree que es en ese momento cuando los adolescentes maduran, cuando reciben la verdadera bienvenida al mundo real. Y cabe que sea así en algunos casos, pero no en todos, es más, hoy en día en la mayor parte de los casos no es así: lo que hace el adolescente es arrimarse a quienes son y están como él, se integra en el grupo, lo hace como respuesta a su deseo de pertenencia y aceptación por parte de los otros; otros, por otra parte, tan frustrados como él que lo arrojarán y le ayudarán a reafirmarse en sus posiciones, harán que se sienta comprendido y reconfortado al compartir con ellos esa frustración, cuando en realidad lo que sucede es que busca, y encuentra, una burbuja como la que rompió al crecer pero más grande, más adecuada a su tamaño y a sus frustraciones, una identidad nueva que lo conforte y lo libere de la responsabilidad sobre su propia felicidad justificando no solo su infelicidad y su rabia, sino también lo que derive de ellas.

Soy nacionalista e infeliz porque el Estado me oprime. Soy mujer e infeliz porque el patriarcado me somete. Soy homosexual e infeliz porque la sociedad me margina. Soy joven e infeliz porque el cambio climático amenaza mi vida o porque me avergüenza la brutalidad policial contra los afroamericanos en Nueva York o porque no tengo nada que celebrar el Día de la Hispanidad... Y se abrazará a esa identidad, se cubrirá con sus banderas y seguirá a sus líderes que serán para él como el Dios del que reniega. ¿Por qué? Porque considera que tiene derecho a todo lo que le falta. ¿Y de dónde ha sacado esa idea? No, no la ha sacado del líder mesiánico que lo pregona por televisión, que también, la ha sacado del hecho irrefutable de que siempre ha sido así. Y así se completa el círculo vicioso de la mala educación.

Que la mala educación aliente la floración de grupos identitarios como lugar refugio no es un mal menor, es realmente peligroso porque no hablamos de grupos que plantean y defienden ideas, hablamos de grupos que se definen en esas ideas (sean buenas o malas ideas), es decir, construyen una identidad con ellas, una identidad que es, además, irreconciliable con otras en la medida en que se considera víctima de esas otras. ¿Por qué? Porque de otro modo no daría respuesta a la frustración que arrastran quienes buscan refugio en ellas; décadas atrás así empezaban las guerras.

Hoy cabe que estemos lejos de una guerra tal y como la entendemos históricamente, pero no de una sociedad con la convivencia rota en la que cada cual se siente agredido por otros por el mero hecho de que los otros no piensan lo mismo que él. La intolerancia (al fracaso, al no, a la frustración, a los deseos insatisfechos... o al diferente y a lo diferente) es el fruto más amargo de la mala educación. Ese, y la infelicidad propia, una infelicidad tan arraigada que hace que quien consiga sacudírsela, a cuenta de un éxito logrado con su propio esfuerzo, se sienta en la obligación de justificarse (*Tengo éxito hoy, pero ayer mi vida era un calvario... Sed magnánimos, compadeceos...*). Y todo ello ¿por qué? Porque la defensa de esas identidades colectivas creadas artificialmente pasa por no respetar a quienes no se cobijan bajo su paraguas, viven en un «conmigo o contra mí» constante que no admite matiz alguno y que lleva a sociedades enteras a ser conniventes con las más viles atrocidades. ¿Quién no ha visto con estupor las imágenes de jóvenes estudiantes ondeando banderines nazis en la Alemania de los años cuarenta? Pero no hay que ir tan lejos en el tiempo y el espacio, basta acercarse al nacionalismo patrio que considera que pedir un 25% de educación en español en una región de España es oprimir a los habitantes de esa región y que para luchar contra esa opresión se puede marginar a un niño y apedrear su casa.

La mala educación nos convierte, en el mejor de los casos, en borregos fácilmente manipulables y dirigibles; en el peor, en hordas sin rastro alguno de racionalidad.

Conviene aquí poner la tiritita antes de la herida para evitar interpretaciones torcidas (o retorcidas...):

¿Negamos entonces que existan los pueblos oprimidos, las mujeres sometidas o los homosexuales silenciados? ¿Negamos que a veces el único modo de defenderse pasa por agruparse? Rotundamente no. Basta pensar en los países que generan un flujo constante de migrantes, de gentes que huyen de la tiranía, la guerra y la pobreza; en las mujeres obligadas a vivir bajo un burka, en aquellas a las que se les niega la libertad y la educación por el mero hecho de ser mujeres, en las que asesinan actualmente en Irán por llevar mal colocado el hiyab, no digamos ya por no querer llevarlo; en los homosexuales que mueren colgados de grúas por su condición sexual o en los que sufren cualquier tipo de discriminación por esa misma condición... No estamos valorando aquí la identidad de nadie sino el modo en que ésta se colectiviza, la manera en la que una sociedad, a través de la mala educación, lleva a sus miembros a organizarse en grupos identitarios, grupos a los que, por otra parte, se les acaban suponiendo derechos excepcionales, unos derechos que se hurtan a los individuos, algo que se hace para dar a esos individuos un lugar refugio en lugar de dotarlos de las herramientas emocionales e intelectuales necesarias para vivir libremente que es exactamente lo que hace, lo que debería hacer, la educación.

Una sociedad que actúa de ese modo acaba creando ciudadanos sometidos (no a su identidad, sino a la identidad colectiva que se crea artificialmente a partir de ella) en lugar de ciudadanos libres (libres de ser y sentirse como se les antoje). Las lenguas no tienen derechos, tampoco los territorios ni el planeta, ni los sexos ni la condición sexual. Los derechos (y las obligaciones que llevan aparejadas) son solo y siempre de las

personas, de todas las personas y de todas ellas en la misma medida y proporción. Entender eso nos lleva directamente a respetar al vecino porque entendemos que sus derechos no son más ni menos que los nuestros y la muestra de ese respeto es la educación misma y la riqueza de un pueblo.

CÓMO ES EL MUNDO EN EL QUE EDUCAMOS Y CÓMO SERÁ EL MUNDO PARA EL QUE EDUCAMOS

¿Es entonces la mala educación la que pare el nuevo y pujante fervor identitario en que vivimos? Ciertamente no. No es la madre que lo parió, pero sí podría ser la teta que lo alimenta, dicho de otro modo, la mala educación puede ser el caldo de cultivo ideal para el desarrollo de ese identitarismo que subyuga al individuo e impide la convivencia; de hecho, hoy en día la mala educación y el identitarismo se retroalimentan: a peor educación, mayor necesidad de grupos identitarios que sirvan de lugares refugio, y a más identitarismo mayor necesidad de empobrecer la educación para que esos grupos identitarios sigan teniendo razón de ser.

Esto es de una importancia nada desdeñable porque no educamos en el vacío, sino que lo hacemos en un momento y lugar concretos y, dado que todo lo que sucede en ese momento y lugar influye en el proceso educativo, tenemos que conocer bien el mundo en que vivimos aun con todas sus incertidumbres (que son muchas) y con todas nuestras dudas (que no son menos). Hacerlo nos permitirá entender el modo en el que la educación se puede estar convirtiendo en parte de un pro-

blema mayor en lugar de ser el ascensor social al que tan buen uso hemos dado hasta hace algún tiempo.

Vamos a pasearnos por el mundo en el que educamos, que es el mundo en que vivimos, e incluso vamos a tratar de entenderlo. Respecto al mundo para el que educamos, cabe empezar por confirmar lo evidente: lo desconocemos y no se trata del desconocimiento propio de quien no logra anticipar lo que está por venir sino del hecho indiscutible de que vivimos tiempos de cambios rápidos y profundos en los que más allá del corto plazo —medio plazo a lo sumo— resulta de lo más aventurado teorizar nada.

El mundo y la educación tras la Revolución Tecnológica: nuevos paradigmas para un tiempo nuevo

Las sociedades evolucionan y cambian a veces de modo gradual y en otras épocas de un modo más brusco; a veces, las transformaciones son lentas y en ocasiones, como la Revolución Industrial, por ejemplo, son brutales. ¿En qué momento estamos? Indudablemente vivimos una época de transformaciones brutales que es hija de la Revolución Tecnológica. Las transformaciones que, a todos los niveles y en todos los ámbitos, ha facilitado la tecnología son de un calado mayúsculo y en más ocasiones de las que imaginamos sus consecuencias escapan a nuestra comprensión. Esto convierte a nuestra época en un momento histórico en el que la educación se complica porque resulta sumamente difícil educar a las nuevas generaciones en un mundo que entendemos a medias y para un mundo que desconocemos, que no llegamos ni a imaginar. El vértigo ante tanta incertidumbre es a veces tan profundo que resulta fácil dejarse guiar por el gurú de turno que dice conocer el futuro o que se postula como el tipo ideal para crearlo. El siglo XXI nace así como un río revuelto

en el que ganan los pescadores que en otra época, en otro río revuelto, lo fueron de almas.

Los nuevos pescadores predicán su verdad revelada, que son los nuevos valores para una sociedad nueva (valores a los que de aquí en adelante nos referiremos como nuevos paradigmas porque tienen más hechuras de contravalores que de valores). Pero sucede que, en contra de lo que el sermón de los nuevos pescadores de almas dice expresamente, los nuevos paradigmas más que servir para construir una sociedad nueva sirven para acelerar la ruptura con los valores viejos, su esencia es más destructiva que constructiva.

Recurrimos en este punto a Chesterton porque pocos como él comprendieron la esencia de Occidente, una esencia que para él estaba en el cristianismo porque proveía de valores y orden a la sociedad. Hay dos cosas que este intelectual inglés decía que adquieren hoy una importancia destacada. La primera dice así:

Quando se deja de creer en Dios, enseguida se cree en cualquier cosa.

Dicho de otro modo, si borramos la religión de la vida de los hombres, algo vendrá a ocupar su lugar porque la ausencia de la religión crea un vacío y los vacíos siempre tienden a llenarse. Hoy vemos como los nuevos paradigmas rompen con los viejos valores, que eran de origen religioso y habían perdido en cierta medida el halo de la fe, pero que, a través de la cultura y las tradiciones, representaban el suelo bajo los pies de las sociedades occidentales. Algunos piensan que el globalismo o la globalización es el torpedo que ha servido para dinamitar la base cristiana de las sociedades occidentales, pero eso no es cierto o, al menos, no tiene por qué serlo: lo global y lo cosmopolita no está reñido con los valores occidentales, más bien al contrario, lo que sí está reñido con los valores clásicos de Occidente es el

multiculturalismo que nos obliga a renunciar a ellos en aras de no se sabe muy bien qué.

La segunda frase de Chesterton que queremos destacar dice así:

Quienes hablan contra la familia no saben lo que hacen porque no saben lo que deshacen.

Hoy en día vemos como los discursos contra la familia, aun siendo en ocasiones más indirectos que directos, son claros y esconden una doble trampa: por una parte, y en la medida en que se habla de un sinfín de familias, el concepto de familia tradicional, aun siendo mayoritaria, se diluye, y por otra parte, y esta es la trampa menos obvia de las dos, cuando se denomina familia a un individuo solo o se habla incluso, aunque sea de modo informal, de familias *multiespecie*, se está considerando al individuo como un ser de poco valor (de no ser así un individuo tendría bastante con serlo porque ya sería lo máximo que puede ser un ser humano), y por otra parte, no se le considera más que un perro o un gato, que una mascota, lo que ahonda en su pérdida de valor como individuo.

Tenemos pues la sociedad que fue, la que Chesterton definía en base a los valores de la religión cristiana y la familia, y la sociedad que podría ser (que está por ver si será), la que nace de la destrucción de los valores clásicos mediante la implosión de otros nuevos (que podrían ser contravalores, los nuevos paradigmas); y tenemos no a una sino a varias generaciones afrontando la labor educativa en ese mundo que más que de constante cambio parece de constante revolución, un mundo que toma a nuestros hijos como rehenes (porque, como decía Hemingway, «cuando tienes un hijo el mundo tiene un rehén») y con el que no cabe negociación alguna si no alcanzamos a entender cuál es el objetivo del secuestro; para tratar de enten-

derlo hay que acercarse a los viejos valores y, sobre todo, a los nuevos paradigmas, algo que hacemos a continuación.

Qué y cómo son los nuevos paradigmas y cuáles los viejos valores

A priori, si valoramos la Revolución Tecnológica en los mismos términos que la industrial, tendremos que asumir que vivimos una época en la que los cambios serán profundos, la incertidumbre ante ellos grande y que habrá después un tiempo de evolución que nos permitirá hacer, como sociedad, los ajustes necesarios para que esos cambios supongan evolución y progreso; ¿cuál es, entonces, el problema? El problema radica en que los nuevos paradigmas no buscan dirigir una transformación social, aunque en sus discursos lo afirmen, sino la destrucción de los viejos valores y, dado que los nuevos paradigmas no plantean un proyecto propio, sino que son una amalgama de ideas unidas más por su valor destructivo de lo viejo que constructor de lo nuevo, nos hallamos ante un abismo.

El mejor modo de entender los peligros de este caminar nuestro al borde del precipicio es profundizar en la comprensión de los viejos valores y los nuevos paradigmas, pero ¿cuáles son los unos y los otros? Los viejos valores son aquellos sobre los que se construyeron las sociedades occidentales, son aquellos de los que nace la Vieja Europa en la que vivimos: la razón filosófica de Grecia, el pensamiento jurídico de Roma y la fe en el Dios de Israel.

No lo digo yo, lo dijo el Papa Benedicto XVI e, incauta y algo descreída que es una, me atrevo incluso (desde el más profundo respeto) a completar y matizar esta descripción: la vieja y rica Europa (rica siguiendo la definición de riqueza de Escotado: educada, civilizada) nace de la razón filosófica de Grecia y de su concepción de la belleza, del pensamiento jurídico de Roma y de los valores cristianos (nótese que hablo de valores, no de Fe):

los valores que subyacen a estas civilizaciones son los pilares de nuestra sociedad, que por supuesto ha evolucionado desde su origen pero nunca hasta ahora había roto con esos valores esenciales sino que los había desarrollado y transformado, convirtiéndolos en los fundamentos de las democracias liberales y en los inalienables Derechos Humanos.

Los nuevos paradigmas se presentan como nuevos valores para un mundo nuevo, el que sucede a la Revolución tecnológica, pero lo cierto es que no son solo transformadores de la sociedad pretecnológica, si fuera así no resultarían tan inquietantes porque las transformaciones suponen cambios pero no necesariamente la pérdida de la esencia de aquello sobre lo que influyen; además, los cambios, en la medida en que una sociedad es un ente vivo, son inevitables e incluso deseables; lo que ocurre es que los nuevos paradigmas no transforman los viejos, no los modernizan ni los mejoran sino que los rompen, los destruyen y ocupan su lugar, es decir, no hablamos de un momento de transformación sino de destrucción y, con suerte, de reconstrucción; esta diferencia, la que va de la transformación a la destrucción y reconstrucción, no es menor por una razón evidente: lo que se destruye son los cimientos y pilares de sociedades que se han demostrado prósperas para sus miembros a lo largo y ancho de la historia, son el fruto de la evolución, de la mejora, del aprendizaje tras los fracasos... El planteamiento de los nuevos paradigmas no es mejorar lo mejorable de esa sociedad sino destruir esos cimientos y pilares y construir algo nuevo para lo que, hasta donde podemos ver, no hay un proyecto claramente definido (no al menos más allá de los discursos utópicos).

Hablar de los viejos valores es sencillo y casi innecesario porque los conocemos, los sentimos cada día, los vivimos, son lo que somos como sociedad. Hacerlo de los nuevos paradigmas es más complejo en cuanto a que es más etéreo no porque no los vivamos cada día sino porque no logramos, no al menos

por el momento, visualizar ese nuevo mundo, esa nueva tierra prometida a la que nos llevan; la razón no es que estén a medio hacer mientras los viejos valores se han ido forjando a fuego lento durante siglos (qué digo siglos ¡milenios!), la razón es que los nuevos paradigmas nacen y se hacen frente a los viejos valores, es decir, aunque su discurso sea el de la construcción de un mundo nuevo sus hechuras y comportamientos son los de una idea creada para destruir los viejos valores, son creados más como piedra arrojada a la cabeza de Occidente que como ladrillo de un nuevo muro de Adriano.

Ahora bien, por complejo que resulte hablar de los nuevos paradigmas, es obligado hacerlo porque si algo tenemos claro es que no solamente conviven ya en nuestra sociedad con los viejos valores, sino que han permeado, en algunos casos de manera brutal, en la educación; resulta imprescindible ser conscientes de ello porque, por la propia naturaleza de los nuevos paradigmas, su convivencia con los viejos valores no será nunca en armonía.

Antes de hablar de algunos nuevos paradigmas que destacaremos por su influencia en la sociedad entera y particularmente en el ámbito educativo, cabe repasar algunas tendencias que son algo así como el viento en las velas de los nuevos paradigmas. Descubrimos en la sociedad que nace de la Revolución Tecnológica una tendencia al colectivismo (al asociacionismo) y al victimismo de las que deriva, inevitablemente, un ambiente de antagonismo y confrontación. Estos tres puntos podríamos considerarlos incluso como características de los nuevos paradigmas, algo así como su estructura y funcionalidad. Descubrimos también la evolución de la defensa de la igualdad hacia la defensa del igualitarismo, un auge del voluntarismo frente a la razón y a la realidad y una constante que es especialmente preocupante en términos educativos: una tendencia casi irracional al empoderamiento de la infancia.

Colectivismo: el poder de los colectivos sobre el individuo

La colectivización es la primera clave que necesitamos entender para comprender la esencia de los nuevos paradigmas, es tan importante que hace que incluso un individuo sea considerado una familia, es decir, un colectivo y coloca a toda colectividad sobre el individuo (el pueblo o la gente son más importantes que Juan, Pedro o María aunque ni el pueblo ni la gente signifiquen nada sin Juan, Pedro, María...), tiene también mucho que ver con el modo en el que se fomenta el asociacionismo en todos los ámbitos de la sociedad.

Además, la colectivización subyace a todos los nuevos paradigmas bien porque son pequeños o grandes colectivos quienes los representan (los catalanes, las mujeres, los homosexuales, los ecologistas...), o bien porque la causa que defienden (el ecologismo, el feminismo...) la enarbola un grupo. En todos los casos vemos como los colectivos son más importantes que los individuos, especialmente mucho más que los individuos que no forman parte de esos colectivos. Esto es lo que nos lleva a comprender el modo en que los nuevos paradigmas están basados en las ideas socialistas más clásicas actualizadas al mundo en que vivimos.

Marx hablaba de clases y lucha de clases. En las sociedades occidentales e industriales en las que hay una clase media muy amplia ese discurso carece de sentido; no puede haber lucha de clases si lo que hay es una gran clase media en una sociedad que, además, se rige democráticamente haciendo pagar más impuestos a los que más tienen (los impuestos son progresivos) y asegurando unos servicios básicos a los que menos tienen, es decir, sin luchar con quienes no forman parte esa gran clase media, que es en realidad la mayor parte de la sociedad, sino conviviendo con ellos en una sociedad libre.

Lo que cabe preguntarse aquí es lo siguiente: si ese planteamiento, que es el de las democracias liberales y la esencia misma de la socialdemocracia, lleva a la armonía ¿qué está

sucedendo entonces para que en las sociedades occidentales estemos tan alterados y tan lejos de esa armonía? ¿Cómo es posible que el ambiente sea de lucha si la lucha de clases no es ya posible? Efectivamente no hay, en Occidente, lucha de clases tal y como la definía Marx, ni mucho menos guerras de religión como tiempo atrás, pero sí hay confrontación de identidades, y subrayo la palabra confrontación porque la lucha no nace de la mera existencia de diferentes ideas, paradigmas, religiones, culturas o identidades en una sociedad, sino de ese colectivismo que es subyacente a todas ellas y las mueve a la confrontación con quienes no comparten su discurso; y es que la esencia de todos estos grupos no es tanto lo que son, lo que los define o lo que defienden como lo que no quieren ser, no son tanto por lo que son como por el antagonismo que generan, es decir, la lucha.

Victimismo: el sentimiento de víctima como coartada

El victimismo es el sentimiento de víctima y su importancia es capital para el desarrollo de nuevos paradigmas: los nuevos paradigmas no solo necesitan una idea, una causa o una identidad que los defina para surgir, sino que necesitan que esa idea, esa causa o esa identidad precise defenderse y el modo más rápido para llegar a ese derecho a la legítima defensa es enaltecer el sentimiento de víctima más allá incluso de las bases reales que lo sustenten (si las tuviera).

La mujer es víctima de la sociedad patriarcal, siempre, y así se alienta el feminismo de nueva ola; los nacionalistas y regionalistas son víctimas de un Estado opresor y así se alienta el nacionalismo (ahora y siempre). Pueden ser víctimas o no, no es de eso de lo que trata el victimismo, lo que sí es seguro es que alientan su sentimiento de víctimas, lo sienten muy fuerte y eso les otorga, de forma automática, el derecho a la legítima defensa, es decir, en caso de que lleguen a la violencia ya sea física o verbal, se trataría de una violencia justificada por esa

necesaria defensa que hacen de su causa, idea, identidad, derechos... y hasta de sí mismos.

El victimista tiene una visión deformada de la realidad porque ve la realidad desde su sentimiento de víctima, es decir, solo ve o cree ver aquello que encaja con su sentimiento de víctima; además, siguiendo con esa visión deformada de la realidad, el victimista jamás asume responsabilidad alguna sobre su situación y no solamente eso, culpa de ella a los demás; su capacidad de autocritica es nula porque nada que no encaje con su sentimiento de víctima puede ser aceptado. Así sería, a grandes rasgos, una persona victimista y así son los grupos identitarios que hacen del victimismo su razón de ser, es decir, no son tan importantes por lo que son como por su condición de víctimas, dirán ellos; victimistas, aclararemos nosotros.

El victimismo es una herramienta poderosa en una época de identitarismo en ebullición: el antagonismo propio de los grupos identitarios no es beligerante sin más, lo es siempre desde la posición de la víctima y señala siempre al agresor como el malo de la película: para un nacionalista catalán el Estado español es opresor y los catalanes víctimas (el hecho de que no todos los catalanes son nacionalistas y por tanto no todos los catalanes son víctimas es para ellos un matiz sin importancia); para una feminista de nueva ola el patriarcado es opresor y las mujeres sus víctimas (no todas las mujeres se consideran oprimidas ni mucho menos consideran que las mujeres en países occidentales lo estén más que las que viven en países como Irán, Afganistán o Pakistán, pero eso también es para ellas un matiz).

La gran ventaja, y peligro, del victimismo es que su esencia defensiva (soy víctima, es decir, he sido agredido primero) justifica sus acciones porque se supone que llegan en respuesta a una agresión previa; desde el mismo minuto en el que aceptamos que somos víctimas y actuamos desde el victimismo (como nacionalistas, como feministas, como ecologistas... como lo que quiera que seamos, sintamos o digamos ser) nos

convertimos en actores de violencia ¿porque otro fue antes violento con nosotros o con nuestras ideas? Tal vez. O tal vez no, porque el victimismo no necesita una víctima para empezar su guerra, le basta con un relato.

Si el colectivismo es la base de los nuevos paradigmas, el victimismo es un facilitador a la hora de convertir lo que defiende un grupo, e incluso al grupo en sí, en un nuevo paradigma.

Antagonismo y confrontación frente a respeto y convivencia

Insistimos en diferentes momentos a lo largo de este ensayo en que el problema no lo representan las ideas, las causas ni las identidades, tampoco los grupos que se identifican en ellas, el problema surge cuando la definición de esos grupos se hace, a través del victimismo, en contraposición con otras, es decir, cuando se alienta el antagonismo y la confrontación en lugar del respeto al que piensa diferente y la convivencia con él. Es ahí donde descubrimos en qué se ha convertido la lucha de clases que había perdido su razón de ser: en una lucha de causas.

Que la pervivencia de la lucha de clases bajo un esquema renovado es real y no solamente algo que intuimos o deducimos, lo descubrimos al constatar la supuesta muerte de la socialdemocracia, una muerte que es justo la antítesis de lo que parece. La socialdemocracia no solo no ha muerto, sino que su éxito ha sido tal que las democracias liberales son socialdemócratas más allá de quien las gobierne en un periodo electoral u otro. Si tomamos España como ejemplo, vemos como en los cuarenta años largos de democracia hemos tenido diferentes gobiernos: ha gobernado la derecha y ha gobernado la izquierda, lo han hecho con mayorías absolutas y con acuerdos de gobierno con grupos minoritarios y aunque, lógicamente, hay diferencias entre unos gobiernos y otros, tanto en sus políticas económicas como sociales, lo esencial no ha cambiado: pagamos impuestos y con ellos se construyen infraestructuras

y se ofrecen servicios públicos que utilizamos todos, más allá de nuestro poder adquisitivo y de los impuestos que hayamos pagado o no. Las grandes ideas que defendía la izquierda hace pocas décadas (la sanidad pública, la educación pública, los sistemas de becas de estudios, las pensiones no contributivas...) son hoy parte del sistema, son de hecho el sistema mismo, puede cambiar el modo en que se gestionan, pero no desaparecen porque gobierne la derecha. ¿Resultado? La izquierda ha perdido el discurso socialdemócrata porque ese discurso es hoy de todos, no exclusivamente suyo.

Si asumimos que la socialdemocracia es el sistema y que la lucha de clases tal y como la definía Marx carece de sentido en las sociedades occidentales, cabe que nos preguntemos qué es la izquierda en estas sociedades. Esta pregunta se la han hecho otros antes que nosotros, es más, antes incluso de que nosotros nos diésemos cuenta de lo pertinente que resulta formularla incluso para hablar de educación (especialmente para hablar de educación, porque las leyes educativas las paren los políticos). No ahondaremos en lo que pudo haber sido o puede ser la izquierda, ni tan siquiera en lo que es porque lo que nos ocupa en este ensayo es la educación, no la política, pero sí tenemos que entender que es en la izquierda del espectro político, tal vez porque la necesidad de encontrar una razón existencial era ahí más acuciante, donde mejor se ha entendido el auge identitario con el que llegamos al siglo XXI. Fueron dos ideólogos de izquierda, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, quienes anticiparon la necesaria transformación del discurso socialista, so pena de su desaparición, en su libro *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (Siglo XXI Editores, 2015). Esa transformación consiste en la evolución de la lucha de clases hacia una lucha de causas de modo que, tomando la confrontación como agente aglutinador, toda causa con hechuras identitarias se puede convertir en agente de lo que Juan Carlos

Girauta llama en su libro *Sentimentales, ofendidos, mediocres y agresivos* (Editorial Sekotia, 2022), la nueva izquierda.

Para completar el cuadro político, algo que estamos obligados a hacer porque, insistimos, las leyes educativas las hacen los políticos, hemos de preguntarnos también qué es la derecha hoy en las sociedades occidentales, porque lo cierto es que los partidos conservadores no están siendo, no pueden serlo, inmunes al entorno en que viven y, además, ellos son el antagonista con el que confronta la nueva izquierda. La transformación de la derecha no es, al menos no por el momento, tan profunda como la de la izquierda. Lo que sí hay son tendencias diferentes, algunas buscan mantener a la derecha en los valores clásicos frente a los nuevos paradigmas mientras otras asumen, al menos parcialmente, los nuevos paradigmas y tratan de posicionarse no frente ellos sino en ellos. Y no es esta una diferencia menor. Del mismo modo que la renovación del discurso de la izquierda nos aboca a una sociedad nueva, está por ver cuál será el efecto del discurso de la derecha, toda vez que se trata por el momento de un discurso a medio hacer, discrepante a veces consigo mismo y en otras ocasiones con la izquierda, creado en todo caso más como respuesta a la renovación de la izquierda que como renovación de la derecha misma.

* * *

Los nuevos paradigmas, todos, presentan esta sencilla estructura: la del colectivo que se siente víctima, señala a su antagonista y confronta con él; no hay opción al diálogo ni mucho menos al acuerdo; el respeto y la convivencia no son una opción sino símbolo de sometimiento y debilidad, es más, si en algún momento el antagonista con el que se confronta se rinde, el colectivo que se siente víctima dará un paso más, o dos, en sus reivindicaciones; es lo que se conoce como el mecanismo de la

ventana de Overton (que es la ventana a través de la que se ve lo que es admisible por la sociedad, ampliar el marco de esa ventana es llevar a esa sociedad más allá del espacio al que, *a priori*, quiere ir).

Una vez tenemos esto claro sabemos ya algo de la nueva tierra prometida a la que nos llevan los nuevos paradigmas: no será un mundo de paz y armonía, sino de lucha constante; no habrá en él lugar para la reconciliación y la convivencia porque no lo hay para el respeto al otro; vemos como, en este sentido y en España, la Transición es contraria a los nuevos paradigmas y asimilable a los viejos valores porque busca la reconciliación mientras el guerracivilismo encaja a la perfección en el esquema de los nuevos paradigmas porque huye de ella y alienta el rencor y la confrontación.

Más allá de la estructura que replican todos los nuevos paradigmas hay algunas tendencias que los mueven y que nos mueven a nosotros hacia ellos porque parten de cuestiones que se nos antojan, *a priori*, indiscutibles: la defensa de la igualdad o la voluntad del individuo y la infancia como bienes a proteger: ¿quién podría oponerse a cualquiera de estas tres cosas? La cuestión no está en su planteamiento sino en los términos en los que éste toma forma.

Igualitarismo frente a igualdad

La igualdad es el mantra esencial de los nuevos paradigmas. Se habla, en no pocas ocasiones, de la igualdad real como si la igualdad de derechos, obligaciones y oportunidades no lo fuera y por eso podemos deducir que lo que se está defendiendo cuando se habla de igualdad es en realidad el igualitarismo: la igualdad ya no es de derechos ni de oportunidades, es igualdad por encima de todas las circunstancias, incluso de las que dependen única y exclusivamente de nosotros mismos como individuos. La gravedad de esta idea de igualdad real es enorme porque sus consecuencias van más allá de las que dice

buscar: cuando hacemos de la igualdad real la esencia de la educación sacrificamos valores como el esfuerzo y el talento y eso, además a poco tardar, tiene como consecuencia la pérdida de oportunidades para la sociedad al completo porque las oportunidades son como la riqueza y no como la energía, es decir, se crean y se destruyen, no solo se transforman o cambian de manos; dicho de otro modo, si no creas riqueza ya no tendrás nada que repartir una vez distribuyas la actual y si no se crean oportunidades, algo que únicamente se logra cultivando el talento y el esfuerzo, tampoco habrá nuevas oportunidades que aprovechar y el valor de ascensor social de la educación, el más democrático de todos ellos si la educación pública es buena, se perderá.

La defensa de la igualdad elevada al grado de igualitarismo va más allá incluso del ámbito de lo humano cuando incluye en su campo de influencia al animalismo: se plantea la igual consideración de intereses sin importar no solo raza, sexo u origen sino tampoco especie, llegamos a hablar incluso de animales sintientes y de este modo el concepto de individuo resulta prácticamente intrascendente en la concepción social igualitarista. (La Ley de Bienestar Animal es igualitarista en este sentido).

A favor y en contra del igualitarismo se han posicionado importantes pensadores a lo largo de la historia, el debate siempre ha estado abierto no en lo que respecta a la igualdad de derechos, obligaciones y oportunidades, sino en lo que toca a la igualdad de resultados porque ahí, partiendo de la base indiscutible de que no somos física e intelectualmente iguales, se produce un margen de diferencia. Los defensores del igualitarismo se han posicionado a favor de la igualdad también de resultados que puede conseguirse a través de la redistribución de la riqueza, mientras que los detractores de esta idea reconocen en el igualitarismo a un enemigo de la libertad en la medida en que impide al individuo ser dueño de su destino

a través de sus acciones; el igualitarismo es, a sus ojos y a los nuestros, un creador de pobreza en la medida en que su acción de igualar solamente es posible si se iguala por abajo.

Las sociedades evolucionan y progresan por la acción de sus miembros, ¿qué sentido tiene un concepto de igualdad real que iguala a esos miembros a su nivel más bajo? El resultado no puede ser nunca de crecimiento y progreso sino a la inversa. Aplicado al sistema educativo, ¿qué sentido tiene un concepto de igualdad real que iguala a los alumnos al de nivel más bajo aligerando contenidos y reduciendo el nivel de exigencia tanto como sea necesario para lograrlo? La consecuencia de la aplicación de la concepción igualitarista a la educación es la pérdida de talento y conocimiento y, por tanto, la construcción de un futuro más pobre.

Pero, además, hemos llegado a un punto en el que hemos aceptado la ruptura del principio de igualdad de los ciudadanos ante la ley. Ya no somos todos iguales ante la ley ni todos inocentes hasta que se demuestre lo contrario, la carga de la prueba se ha invertido y actualmente los hombres, en casos susceptibles de serlo de violencia de género o agresión sexual, son culpables hasta que demuestren lo contrario. En ningún caso pondremos en duda la necesidad de protección de las mujeres que sufren acoso o maltrato por parte de sus parejas o exparejas o de un agresor sexual, pero para proveer a esas mujeres de esa necesaria protección no hace falta menoscabar el principio de igualdad ante la ley de todos los ciudadanos. Dicho de otro modo, no deberíamos aceptar como soluciones válidas a problemas reales aquellas que destruyen el sistema de libertades bajo el que vivimos porque fuera de él... hace mucho frío (pensemos solo el flujo constante de ciudadanos que huyen de países bajo regímenes iliberales).

Voluntarismo: la voluntad de las minorías frente a los derechos de la mayoría

La voluntad es el *poder ser* frente al *ser* y se trata, indudablemente, de un valor en el mundo occidental, es uno de los referidos en este ensayo como viejos valores. Hoy vivimos una época en la que la voluntad no es ya el *poder ser*, es decir, la posibilidad de ser, sino el *querer ser*. No hablamos pues de voluntad sino de voluntarismo porque la voluntad del *poder ser* está limitada por la realidad de lo posible mientras que la del *querer ser* va más allá de ella, abarca incluso a los sueños y eso nos lleva a las utopías que lo son mientras permanecen en el papel pero que cuando tratan de llevarse a la realidad son, siempre y sin excepción, distopías.

El voluntarismo es hacer tu santa voluntad y obligar al mundo a aceptar las consecuencias de tu santa voluntad aunque afecten a otros individuos. Una ley como la ley *trans* permite no solo que un ser humano nacido biológicamente hombre se declare mujer (o viceversa), sino que obliga al resto de la sociedad a reconocerlo como mujer (u hombre) una vez complete una mera gestión administrativa, obviándose además la valoración médica y el acompañamiento psicológico en el proceso de transformación (que en lo físico es hormonal y quirúrgico) incluso en menores.

A priori habrá quien piense que no tiene importancia, que cada cual se considere lo que quiera, viva como quiera y haga de su tiempo y su cuerpo un sayo... Ahora bien, cuando la voluntad de alguien afecta de forma importante a otras personas cabe hacerse otros planteamientos. Que un hombre se defina como *trans* y decida ser mujer significa que utilizará el vestuario femenino en un gimnasio, por ejemplo; o que en caso de cometer un delito irá a una cárcel de mujeres; o que si es acusado de agredir a su pareja no se le aplicará la legislación de género; o que si es deportista profesional competirá en las categorías femeninas; y todo ello como consecuencia de un mero

acto administrativo (ir al Registro Civil y cambiar nombre y sexo en el DNI), un trámite que además puede hacerse en sentido inverso en cualquier momento.

Conocemos ya casos de deportistas que, tras declararse *trans* y pasar a competir en las categorías femeninas, han pasado de ser deportistas mediocres a ser medallistas lo que supone un perjuicio para las deportistas puesto que el *trans* tiene una ventaja física sobre ellas porque su cuerpo es masculino (negar esto es tanto como reconocer algún tipo de *apartheid* en las competiciones deportivas que separan a los competidores por sexo).

El voluntarismo es antagónico con el principio de prudencia que nos obliga a plantearnos no solo a quién beneficia cualquier ley o cualquier norma, sino a quién perjudica, es decir, a tener en cuenta a todos los afectados por esa ley o norma. Pedir que el cambio de sexo legal sea el último paso en el proceso de transformación de una persona *trans*, parecería poco más que el mero respeto a ese principio de prudencia, pero la ley *trans* hace justo lo contrario porque es absolutamente voluntarista.

Además, una vez que negamos incluso la biología, que es negar la realidad más básica, nada nos impide negar cualquier otra cosa por nuestra santa voluntad. ¿De verdad pensamos que la realidad ha de ser lo que queramos que sea solamente porque así lo deseamos? ¿En serio pensamos que decirle a un niño diabético que no es diabético, sino que tiene diabetes resuelve alguno de sus problemas o cambia en algo su realidad? Y, lo que es más grave y preocupante, ¿qué sucede si los deseos de los unos afectan a la vida de los otros impidiéndoles hacer también de su realidad su santa voluntad?

Antes hablábamos de la fuerza de voluntad como una virtud que, junto al esfuerzo, nos ayudaba a desarrollar nuestro talento y progresar en la vida. Frente a este planteamiento hoy hablamos de la voluntad del *querer ser* como la fuerza que nos empuja más allá del esfuerzo y del talento que pongamos en

ello, también más allá de las consecuencias que esa voluntad nuestra tenga para el resto de la sociedad porque el respeto está lejos de ser un valor en los nuevos paradigmas: si hay respeto no hay antagonismo y, por tanto, el respeto se convierte en un signo de debilidad y sometimiento.

La ley *trans* es solo un ejemplo de voluntarismo, pero hay muchos más. Plantarte en un aula para protagonizar un escra-che e impedir que un ponente dé una conferencia solo porque tus ideas son contrarias a las de ese ponente es también un acto de voluntarismo: no ir a la conferencia sería hacer tu voluntad, impedir que vayan otros es impedirles a ellos hacer su voluntad y someterla a la tuya. Eso también es voluntarismo (entre otras cosas como intolerancia y mala educación). Si seguimos a pies juntillas las doctrinas voluntaristas, el ser humano ya no será más un ser racional sino voluntarista, es decir, antepondrá siempre la voluntad a la razón.

Hace algunos años, qué digo años ¡décadas!, los Monty Python protagonizaron una película que en su momento, y aún años después, nos parecía hilarante: *La Vida de Brian*. Muchos dirán que no ha envejecido bien, otros que es un clásico, pero lo cierto es que comparar el humor de entonces con la realidad de hoy es un ejercicio cabe que necesario. ¿Por qué la recomiendo cuando hablo de voluntarismo? Porque fue precisamente en esta película donde un hombre, en un acto entonces cómico y hoy muy real, dijo sentirse mujer porque quería ser madre y pidió que de aquel momento en adelante le llamaran Loretta; ante las quejas acerca de su incapacidad para parir por no tener matriz, se decidió defender su derecho a ser mujer como símbolo de su lucha contra la opresión, algo que no todos entendieron: hubo quien, en un alarde de racionalidad, entendía que no se trataba de una lucha contra la opresión sino contra la realidad innegable de que, al no tener matriz, no podía parir ni por ende ser madre.

Empoderamiento irracional de la infancia

Empoderarse es tomar las riendas de la propia vida y eso, cuando se aplica a personas adultas, tiene todo el sentido. Ahora bien, lo que vamos descubriendo en estos nuevos paradigmas que van llegando es que se busca el empoderamiento de los niños a través de la pérdida de influencia de los padres sobre ellos: las niñas de dieciséis años pueden abortar sin consentimiento ni conocimiento paterno, sin una información completa y real de lo que están haciendo y, lo que nos parece el asunto más grave, sin acompañamiento alguno, como si un aborto fuese un asunto menor, como si no hubiese riesgo alguno de daño psicológico para quien lo sufre y como si el hecho de llegar a un embarazo no deseado en una edad juvenil no demostrara un problema previo, como poco, de falta de información.

Lo mismo nos sucede con los niños que se declaran *trans*, podrán comenzar su proceso de hormonación, un proceso cuyas consecuencias son irreversibles, a edades muy tempranas y sin necesidad de apoyo psicológico alguno e incluso contra el criterio de sus padres. Cabe añadir a esto la insistencia de la ministra de Igualdad Irene Montero, al decir, en más de una ocasión, que los niños tienen derecho a mantener relaciones sexuales con quien quieran si media consentimiento por su parte, que es decir tanto como que el tipo que engatusa a un niño en el parque a cuenta de unos caramelos, o de un videojuego, y acaba abusando de él, ya no es un pederasta porque medió consentimiento por parte del niño.

¿Estás pensando que esto afecta a pocos niños y que es más ruido y maquillaje que otra cosa? Piénsalo un poco mejor porque el empoderamiento irracional de la infancia va más allá de una ley más o menos. Cuando llevas actualmente a tu hijo a su revisión de los doce años, no digamos ya de los catorce, te puedes encontrar con enfermeras que le explican al niño que ya está en la pubertad y que las relaciones sexuales son normales, pero siempre con precaución, y que solo si la otra persona

quiere, y que no tema pedir condones en casa. Pensar que un mensaje como ese, dado al vuelo por una enfermera a un niño de catorce años al que no conoce, es educación sexual es, como poco, menospreciar la importancia de esa educación, también normaliza las relaciones sexuales a edades muy tempranas y, lo que es más inquietante, las desvincula por completo de las relaciones afectivas; también te puedes encontrar con médicos que le recuerden al niño de trece años que cuando cumpla dieciséis ya no será necesario que entres con él en la consulta, que si lo prefiere puede entrar solo. ¿Y por qué se lo dice a los trece años? Te preguntarás... Yo también y lo que me respondo es que, dado que no son casos puntuales sino una tendencia, se está alentando y acelerando la maduración natural de los niños y su independencia de los padres.

Leyes como la del aborto o la ley *trans*, en lo que respecta a los menores, las directrices dadas a los equipos médicos del área de pediatría (especialmente de enfermería pediátrica) y algunos panfletos repartidos en los colegios, parecen estar pensados para proteger a los niños de sus padres (pero sin retirarles la custodia ni la patria potestad), como si el hecho cierto de que algunos niños (muy pocos, afortunadamente) necesiten ser protegidos de sus padres justificara dejarlos a todos solos ante su realidad infantil y juvenil, con sus confusiones y sus cosas, desautorizando a los padres, que además, no pueden ejercer su responsabilidad como tales porque se lo impide incluso la ley.

Como este ensayo no quiere perder el foco que lo guía —la educación— no ahondaré en cada una de las medidas aprobadas hasta la fecha o que han estado en algún momento sobre la mesa (como el voto a los dieciséis años), pero sí en lo que significan en su conjunto: son medidas que buscan la pérdida de influencia del entorno familiar sobre los niños y esa influencia que se pierde no va a la nada porque no se produce una maduración acelerada de los niños, sino que la influencia que pierden sus padres sobre ellos la ganan otros actores, ¿quie-

nes? ¿la escuela tal vez? Según los nuevos paradigmas, y como confirmó la que fuera ministra de Educación, Isabel Celáa, los hijos no son de los padres¹. Ante esta aseveración cabría aquí entrar en un debate filosófico: los niños como seres humanos son libres, ahora bien, mientras son menores de edad son responsabilidad de sus padres, salvo que se les retire la custodia y la patria potestad... o se aprueben leyes que capaciten a esos menores por encima de la responsabilidad de sus padres sobre ellos.

Este empoderamiento irracional de los niños (irracional porque llega cuando no tienen un grado de madurez suficiente para manejarlo) supone un ataque a la familia como lo es la descripción de un número determinado (o por determinar) de familias. Y es que los nuevos paradigmas nos llevan a una nueva sociedad en la que la familia no juega el papel de piedra angular, como sucede ahora. Lo que no está tan claro es cómo será esa nueva sociedad. ¿Vamos hacia una sociedad de esquema tribal como defendía las CUP en Cataluña no hace mucho tiempo? («*Me satisfaría tener hijos en grupo, en colectivo*»², es una afirmación de Anna Gabriel quien dijo, además, que el modelo de familia tradicional le parecía muy pobre).

Tal vez ese sea el modelo o tal vez no, pero en realidad eso no es lo importante porque los nuevos paradigmas están pensados para destruir más que para construir y la fuerza antagónica de la infancia frente al «padre» (una vez el infante llega a la adolescencia) es poderosa.

Si a esa fuerza poderosa le sumamos el hecho de que la escuela puede ejercer la labor de acompañamiento en ese empoderamiento irracional hacia el lugar que el legislador en el ámbito educativo decida... Nos acordamos de una película: *La Ola*. Es

1 Afrimación hecha por Isabel Celáa, como Ministra de Educación, en la rueda de prensa tras el Consejo de Ministros del 17 de enero de 2020.

2 Afirmación hecha por Anna Gabriel y recogida en varios medios de comunicación, entre ellos *El Confidencial* en una noticia de S. de Diego el 11 de mayo de 2016.

una cinta cinematográfica basada en la novela homónima de Todd Strasser que se basaba, a su vez, en un experimento realizado en un instituto californiano. En el filme, un profesor trata de explicar mediante un proyecto, que es como se explica casi todo ahora en las aulas, que cualquier democracia está siempre en riesgo de que nazca en ella y de ella una dictadura. El resultado del proyecto, del experimento, es el que cabía esperar porque la influencia del líder (el educador en este caso) sobre un grupo debidamente homogeneizado (los alumnos) no tiene apenas límites.

* * *

Además de hablar de las características de los nuevos paradigmas o de su funcionalidad y de las tendencias que los mueven, cabe hablar de algunos de ellos en particular porque son los que más claramente han permeado en todo el sistema educativo: el feminismo de nueva ola y el ecologismo y el nacionalismo como nuevos paradigmas.

Feminismo de nueva ola frente a feminismo clásico

El feminismo clásico defendía, por encima de todo, la libertad de la mujer y su derecho a ser considerada en términos de igualdad frente al hombre; el feminismo de nueva ola, en cambio, aun arropándose bajo la bandera del feminismo clásico, demuestra que considera a la mujer un ser incapaz de manejarse en términos de igualdad frente al hombre, de ahí los planteamientos de discriminación positiva. Estos planteamientos liberan a la mujer de su responsabilidad sobre su propio destino sin permitirle tomar el testigo, más que de forma simbólica, de mujeres como Emilia Pardo Bazán o Clara Campoamor, mujeres que defendían la igualdad de derechos de la mujer sin complejo de inferioridad de ninguna clase; o dicho de otro modo, en tér-